

MEMORIAS de un hombre discreto.

Mi juventud está llena de recuerdos de un lugar situado en una región árida y seca de la meseta castellana en la Castilla profunda. En mi memoria se encuentran desordenados, diversos y a veces confusos sucesos de un paraje aislado, recóndito, y alejado del mundanal ruido, que antaño fue un pueblo pequeño y hoy no llega a tener la categoría de aldea, es un territorio con un tiempo inclemente, un largo y frío invierno y un verano a veces duro, con temperaturas dispares aunque con una atmósfera limpia y saludable.

Rodeado de pequeñas villas y aldeas, la historia de estas tierras fue relevante ya través de los siglos, los azares de la vida hicieron que estos pagos, también fueron habitados por gentes diversas, arévacos (celtiberos), romanos, moros y cristianos. Hoy reconocemos y apreciamos su importancia pues se conservan restos arqueológicos que podemos contemplar, ya que dejaron vestigios suficientes para evidenciar su existencia.

El pueblo está inserto en una depresión y rodeado de montañas; entre todas estas cumbres destaca un promontorio rocoso, grande, blanco, de origen calcáreo, lo llamamos la calera; otro importante accidente geográfico del poblado es el río, antaño más caudaloso, hoy no es más que un regato que no alcanza a tener la condición de arroyo; a su alrededor estaban las fértiles huertas, también había cantidad de animalillos que pululaban por los humedales y gran cantidad de aves que revoloteaban en los alrededores.

Destacando sobre el paisaje, en los márgenes de la ribera, plantados formando sinuosas líneas curvas, existe una larga y espectacular procesión de robustos y derechos álamos dorados, a veces cuando soplaban el viento se engrandecía esta escena con el murmullo de las hojas y el rumor del agua que corría limpia y clara por el cauce. Subiendo río arriba, a contra corriente, sorteando los desniveles de su itinerario, nos sumergimos en un paisaje de difícil acceso, es la imagen más bella y abrupta del pueblo, la orografía forma caprichosos y bellos lugares, el conducto discurre por una estrecha vaguada, cuyos laterales forman un pequeño desfiladero compuesto por rocas, tierra y arbustos, colocadas en forma de cañón. Escalando alguno de estos riscos, y no sin pasar un riesgo elevado, podemos encontrar algunas matas de té de roca; este té completamente natural, se dejaba secar para después tomarlo en infusión, lástima que nosotros no lo diéramos el valor que los expertos actuales otorgan y lo usáramos como remedio casero para aliviar algún tipo de mal.

Como todo entorno rural, agrícola y ganadero las estaciones marcaban la pauta de los acontecimientos y de los trabajos del campesino. A lo largo de todo el año, la influencia de los fenómenos de la naturaleza era muy grande, las heladas, los granizos, la lluvia, la sequia, afectaban a las labores, a la cuantía y calidad de las cosechas.

La primavera florida.

Huyendo del frío hiriente olvidándose de la soledad del invierno aparece tímidamente la radiante primavera, que viste de luz y colores el variopinto paisaje castellano, el diverso verdor de las praderas, el esplendor en la hierba, las flores que comienzan su sensacional concierto de color, los aromas que embriagan los sentidos, los árboles cargados de hojas y flores que comienzan a brotar, el olor limpio y único de la campiña, el despertar con el cantar de los gorriones, los petirrojos, los mirlos, los jilgueros, todos revoloteando al unísono transmiten su júbilo y alborozo a los habitantes del lugar y crean un espectáculo de naturaleza y vida, que nos contagia de alegría, de buen humor y nos produce una sensación de felicidad que invade nuestro cuerpo; son los inicios del período primaveral.

Cada día comienza con el despuntar del alba, y la aurora con su sonrosado resplandor es el preludio, el inicio del camino del sol que se va elevando sobre el horizonte pintando un cielo cubierto de azul, con una luminosidad potente y clara que mantiene el día iluminado y radiante hasta la llegada del ocaso; estos son algunos de los indicios y los signos inequívocos, que anuncian el transcurrir de un día cualquiera en la espléndida primavera de Castilla.

El verano: la recolección.

Esta estación es sin duda la más dura para el sufrido campesino, los trabajos comienzan con las primeras luces del alba, durante el día soportando el ardiente sol, y se termina bien vencida la noche con la llegada del crepúsculo, era agotador sucedían largas y duras tareas como la siega, el acarreo, la era, la trilla, el cuidado de las huertas, la vendimia, un esfuerzo enorme que en nuestros días está muy suavizado con la mecanización de los trabajos del campo.

En los meses de Julio y Agosto después del calor abrasador del día, cuando en el atardecer el sol comienza a ocultarse por el horizonte sobre algún monte cercano, empieza a correr una agradable brisa que hace que nos olvidemos del sofocante calor del medio día, que las noches sean más llevaderas y con el crepúsculo se forme una exhibición de estrellas, de luces en la oscuridad que en pocos lugares puede verse con tanta nitidez y limpieza; en estos parajes solitarios el sol limpio, la noche oscura,

la luna clara, hacen posible la contemplación de planetas y estrellas del grandioso firmamento.

También los olores quedan grabados en nuestra memoria; difícil es de olvidar el intenso aroma que emergía de la tierra cuando soplaba un agradable viento del sur, que traía el perfume a espliego, a tomillo, un olor a campiña inconfundible; en verano al atardecer en las eras había un fragancia característica de paja seca, era la parva, la mies ya trillada, tendida sobre el bancal, un olormuy singular que hoy se ha perdido.

El otoño: la cosecha.

Que decir del otoño cuyo variado y abundante colorido es sin duda otro de los espectáculos de la naturaleza. Los árboles de hoja caduca ayudados por el viento dejan caer lentamente sus hojas multicolores en un proceso de caída "de lluvia amarilla", que decora el paisaje arbóreo y viste a campos y viñedos con una especie de túnica multicolor que van cambiando de tonalidad y apariencia, tornando desde suprimigenio matiz verdoso, pasando de los ocres al amarillo.

Ya en el mes de octubre comenzaban a manifestarse las primeras señales de atmosferas mas frescas y escarchas matinales, los días se acortan y las noches se hacen mas largas. Esta estación con sus cambios climáticos y sus fenómenos naturales característicos, lluvias y tormentas nos ofrecía algo distinto, los trabajos agrícolas eran más suaves y ya se comenzaba con los preparativos para la próxima cosecha.

El invierno: duras y largas noches.

El crudo invierno hacía sentir temprano en la meseta; sus rigores mostraban los genuinos cambios de la naturaleza, las escarchas, el frío gélido, los grandes espacios nevados, las casas, pajares y majadas cubiertos por un manto blanco, lostejados de los que colgaban los carámbanos. Con una visión mas actual este conjunto formaría uno paisaje digno de la mejor foto invernal. Hace años las nevadas eran mas copiosas, dejando en muchos casos aislados e incomunicados los pueblos.

Este periodo invernal de noches largas y oscuras es propicio para la meditación, se activan en algún lugar de nuestro cerebro las neuronas que incitan a pensar, a reconsiderar nuestro pasado, a prepararse para el comienzo de una nueva primavera, a revisar y reorganizar el dilatado espacio de nuestra mente para planificar el futuro individual; esta estación del año tiene un clima propicio para la reflexión, las amplias veladas junto a la chimenea ofrecían un tiempo ideal para recapacitar sobre nuestra existencia, esta próximo el comienzo de un nuevo ciclo de vida animal y vegetal, de

savia nueva, de cosechas, y también para hacer nuevos propósitos para restructurarlo cambiar, aunque sea poco, el ritmo de nuestras vidas, en definitiva a hacer una revisión de nuestra conducta para reconducirla por nuevos derroteros o tomar nuevas fuerzas para continuar.

Quizás en la dureza del ambiente, en el clima de esta estación este el origen, el secreto de la fortaleza de los labradores castellanos que soportaron durante siglos las rigideces del invierno, las interminables noches, la fuerza del viento, la violencia de las tormentas, las heladas nocturnas, la soledad y el fatigoso trabajo, esta es la prueba de fuego, la consecuencia de la robustez de su carácter.

Vivir en el pueblo.

Es de suponer que este pueblo sería en aquellos momentos, a mediados del siglo XX, como lo eran tantas otras aldeas en la España rural, de la ancha y vasta Castilla; este fue un periodo de tiempo de pocas alegrías, de grandes carencias, no había miseria y “nunca nos faltó que comer” se decía; teníamos lo necesario pero carecíamos de lo que ya se consideraba esencial en aquella época; escaseaban bienes que ya eran de uso común en muchos otros lugares, aunque posiblemente por ignorancia o por desconocimiento de lo que acontecía en el mundo se echaba de menos, ya se intuían otros modos de vida, algún viajero daba crédito de ello, la incomunicación no era tan grande y se empezaba a hablar de otros lugares, de diferentes maneras de vivir.

De cualquier modo en nuestro pequeño universo, a nuestra manera, éramos felices; soy de los que piensan que en esos pueblos perdidos y alejados de la mano de Dios, tuvimos una juventud alegre y confiada, feliz a pesar de todo; los juegos de esos tiempos eran inocentes, ingenuos e imaginativos; tenían unas reglas sencillas donde la fantasía, creatividad y participación del grupo eran fundamentales, todos ellos se desarrollaban en el campo al aire libre y nos facilitaban la vía para descubrir el mundo de forma natural en pleno contacto con la naturaleza, con trato directo y comunicación con nuestros semejantes.

Los paisajes nevados del invierno, las alegres y floridas primaveras, los coloridos otoños, los juegos en libertad, las aventuras, las penas, las alegrías, las personas que influyeron en nosotros, cantidades de imágenes grabadas durante la niñez que aunque ocultas hoy, llevan en su seno guardado el germen que encierra el misterioso significado de la felicidad de la humanidad.

Un pueblo muere, una ciudad crece.

En aquellos días ya corrían vientos de cambio por la región, había una sensación de desasosiego, junto con deseos de evolucionar, de progresar y también ganas de conocer algo diferente, los ánimos estaban alterados, se mascaba en el aire, ya los mas lanzados del lugar habían iniciado el camino emigrando a otros lugares, partiendo a buscar lo que imaginaban que sería una vida mejor, estable y diferente en el entorno, se hacia necesario, era el comienzo de la travesía a un nuevo mundo, de la larga marcha “en busca de el dorado”.

Y finalmente “no nos queda otra” se decía, era un clamor popular en los pueblos de la zona y casi seguro que de toda la España agrícola, no quedaba otro remedio, los agricultores no tenían otra opción, eran nuevos tiempos, nuevas formas de vida, no había futuro en el campo y era necesario salir a buscarlo fuera, se acababa el pueblo, se palpaba en el ambiente, se escuchaba con gran fuerza la llamada de la gran ciudad.

Poco a poco comenzó el abandono del pueblo, hay quien lo llamó la huida, yo no lo llamaría así, huir es esconderse por temor a algo desconocido y no era el caso, conocían muy bien su tarea, quien no, después de tantos años de labor, tanto trabajo y esfuerzo para arrancar la cosecha a esas tierras tan poco productivas; para casi todos fue una renuncia obligada pero dura y costosa, era dejar una rutina ancestral bien sabida, para comenzar con una nueva vida con grandes incertidumbres e interrogantes. Fue triste y doloroso para todas las familias a la par que irremediable, su pueblo se estaba quedando sin gente, un trozo de alma y de aldea se iba con cada hombre o familia que partía, dejaron atrás su forma de vida, sus alegrías y penas, todo lo que habían querido y odiado, por lo que se desvivieron, pelearon y dejaron su salud durante muchos años; una mañana, sin desearlo, sin protestar, con pena, con dolor, quizás con ilusión, se trasladaron o los trasladaron a una ciudad desconocida.

Muchos fueron los que abandonaron el terruño, ya no había ni matanza, ni siega, ni trilla, salieron de su casa, con gran resignación, y ahí siguen los pueblos despoblados, desamparados, pero no olvidados, plagados de fantasmas, de deseos, de ilusiones, de sueños rotos, de rezos, de silencios, quizás con la esperanza de acoger nuevamente a todos aquellos que se fueron y quien sabe si algún día volverán.

Crispin Marzo 2014.